

Tener para el dolor una sonrisa,
y dar al mal y á la amargura plazos;
y mientras la mañana centellea,

para ir á oficiar la primer misa
desprenderme entre besos de los brazos
de la moza más bella de la aldea.

Alma española
A Rufino Blanco Fombona

I

Bajo los soportales de esta plaza
—ha tres siglos—hubiera paseado
con la altivez hidalga de mi raza
mis fanfarronerías de soldado.

Chambergó con cintillo de esmeralda,
levantando la capa la tizona;
la melena flotante por la espalda
y los mostachos á la borgoñona.

De mi patria y mi Dios noble cruzado,
tomar una galera ó un castillo,
y haber dado que hablar mucho á la Fama.

Y caer con el pecho atravesado
á la medrosa luz de un farolillo
bajo las celosías de mi dama.

II

Tener un nombre que sonase á hierro:
don César, don Rodrigo, ó don Fernando,
y un escudero dócil como un perro
que fuese mis hazañas relatando.

Ser héroe de nocturnas cuchilladas,
capitán de los tercios más temidos;
ensueño de doncellas y casadas
y desvelo de padres y maridos.

Pasar, después, las horas silenciosas
entregado á las prácticas piadosas,
y al llegar de la Muerte á los confines

legar al primogénito mi espada
herrumbrosa de orín y algo mellada
de degollar herejes y muslines.

III

Entre aventuras y entre desafíos
atravesar de Italia las regiones,
en el puño y el alma muchos bríos
y la escarcela llena de doblones.

Gastar sin tasa y derrochar con lujo,
y matar más franceses en Pavía
que mujeres itálicas sedujo
mi española y galante bazaría.

Y jugar, en nocturno campamento,
sobre un tambor, mientras recorre el viento
el alerta tenaz del centinela,

á la luz de una hoguera ensangrentada,
el último doblón de la escarcela
y hasta el puño de oro de mi espada.

IV

Desde Italia, tras épicos trabajos,
llegar altivo de mi tercio al frente,
á una ciudad de los Países Bajos,
suelta la enseña y á tambor batiente.

Cruzar las landas con el agua al cuello
bajo los fuegos de los arcabuces,
y pasar viejos burgos á degüello
entre un tumulto de sangrientas luces.

Y conducir herejes á la hoguera,
y mientras se retuercen en la llama
y el pavor de las turbas se apodera,

á hurtadillas dejar algún sonoro
beso en los frescos labios de una dama
de pupilas de azul y bucles de oro,

V

Lanzarme al mar sobre veloz galera
tripulada por viejos lobos, llenos
de amor de Dios, cuyo renombre fuera
terror de ingleses y de sarracenos.

Y sobre un mar de hirviente pedrería
abordar, á la luz de la mañana,
entre el estruendo de la artillería
de los turcos la nave capitana.

Hundir mi hacha en el primer turbante;
y en tanto que quedase un tripulante
herir sin treguas y matar con saña.

Y entre el sangriento estruendo del asalto,
izar al sol sobre el mástil más alto
la cruz de Cristo y el pendón de España.

VI

Desplegadas las velas luminosas
entre las pompas de oriental boato,
arribar á las playas fabulosas
de algún nuevo y remoto virreinato.

Y enloquecido por la sed del oro,
achicharrar del ídolo ante el ara
los pies descalzos de un cacique, para
descubrir el lugar de su tesoro.

Y abandonar las islas tan lejanas
con la cabeza ya llena de canas;
y arribar á las costas españolas

en la puente de rápida galera,
tan cargada de oro que trajera
la escotilla rasando con las olas.

VII

Avivar con mis manos los tizones
del hogar, y á mis hijos, en mi tierra,
entre pausas de asma y de oraciones,
narrar lances de amor, fortuna y guerra.

Tirso mis aventuras rimaría,
y en el fondo espectral de su locura,
con la mano en el pecho, el Greco habría
copiado la altivez de mi figura.

Todas las tardes á la iglesia iría,
para ahogar mis pecados en la eterna
católica piedad que á Cristo loa,

y ya noche á mi casa tornaría,
arrastrando el reuma de mi pierna
igual que el buen don Lope Figueroa.

VIII

Y ya, casi al final de la existencia,
hacer de todo afán renunciamiento,
y para oír la voz de la conciencia
encerrarme en la celda de un convento.

Esperar sin dolor la hora postrera
sin que nada á la vida nos despierte,
entre las tibias y la calavera
que nos hablan de Dios y de la Muerte.

Y sin miedos, ya en paz con la conciencia,
abandonar la mísera existencia,
para entregar, tras angustiosa lucha,

el alma á Dios y el cuerpo á los gusanos,
calada sobre el rostro la capucha
y con un crucifijo entre las manos.

IX

Envío

Para adornar tu palidez de luna
y ceñir tus cabellos ondulantes,
te ofrezco estos poemas como una
corona de oro ornada de diamantes.

Y sobre cada lírica faceta
para halagar tu juventud florida,
ha miniado el buril de tu poeta
las ansias más intensas de su vida.

Yo nací con tres siglos de retraso:
Amo el justillo y el jubón de raso,
el chambergo de plumas y la espada.

Y es el mayor pesar de mi agonía
vivir en este siglo sin poesía,
ciego de fe... más sin creer en nada.

Melancolías de otoño

A Santiago Rusiñol